

LA PAZ DE WESTFALIA COMO *LIEU DE MÉMOIRE* EN ALEMANIA Y EUROPA

*Heinz Duchhardt**

No hay duda de que la Paz de Westfalia -que entre otras cosas vinculó el orden constitucional del Imperio con los estados vecinos- conllevó no sólo considerables alteraciones territoriales; también terminó el proceso de emancipación, que duró 80 años, de una nueva república, y reconoció oficialmente la soberanía de una nueva entidad política (en forma de confederación), y esto representa un giro crucial en la historia de Europa. También es verdad que la *pax christiana* de 1648 nunca ha conseguido alcanzar el status de un *lieu de mémoire* europeo. Puede decirse en general que apenas existen puntos de referencia para una cultura de la memoria válida para toda Europa; no existen acontecimientos o personalidades de relevancia paneuropea que puedan apoyar o acelerar el proceso de integración europea. Muchos han lamentado este "déficit de un mito" europeo'. Obviamente sólo los acontecimientos con connotaciones positivas podrían llegar a ocupar la función de *lieux de mémoire*, y tendrían que haber sido significativos en la mayor parte del continente. Dado que esto no puede afirmarse ni de Tours/Poitiers en el 732, ni de Liegnitz en 1241, ni de Viena en 1683, ni siquiera de las Cruzadas o de la

(*) Artículo publicado en inglés "The Peace of Westphalia as *lieu de mémoire* in Germany and Europe", en Klaus Bussman y Heinz Schilling, eds., *1648: War and Peace in Europe*, Münster-Osnabrück, 1998, vol. I, pp. 41-47. La redacción de *Pedralbes* agradece al autor el permiso para esta traducción, hecha por O. Caballero y P. Molas.

1. Wolfgang Schmale, *Scheitert Europa an seinen Mythendefizit?*, Bochum, 1997.

Revolución de 1848, y tampoco se puede aplicar a Carlomagno ni a Napoleón Bonaparte, una cultura común sobre la memoria nunca ha comenzado. Guste o no guste, la Europa contemporánea ha tenido que contentarse marcando los aniversarios del Tratado de Roma como su *lieu de mémoire*.

Ni, por supuesto, es posible usar la publicidad política para elevar sucesos históricos particulares al status de acontecimiento europeo. Ciertamente, en el caso de la Paz de Westfalia, tal intento estaría condenado al fracaso. Un acontecimiento político puede ser de innegable importancia sin que necesariamente encuentre su eco positivo en la conciencia colectiva. La Paz de Westfalia fue en muchos aspectos un compromiso; dejó muchos problemas sin resolver, fracasó en la construcción de una paz duradera para Europa, y hasta bien entrado el siglo XX se encontró con fuertes reservas por parte del catolicismo europeo. A pesar de una intensa cultura sobre la memoria en la Alemania protestante y en algunos estados vecinos con fuerte influencia germana, ha sido siempre insuficiente para declarar la Paz de Westfalia como un "acto fundacional" de la Europa actual -en el sentido, digamos, de una señal sobre la tolerancia o de una moderna ley internacional. La Paz de Westfalia no se presta (o sólo en un sentido muy limitado) a proporcionar un *lieu de mémoire* europeo -incluso aunque su importancia política en la historia moderna del continente está fuera de toda duda.

No se ha podido evitar, sin embargo, que ocupe un lugar importante en la memoria colectiva de los estados europeos. En Alemania, que encuentra más difícil que la mayoría de sus vecinos elevar los acontecimientos de su propia historia con connotaciones positivas al rango de mitos que puedan influir la conciencia colectiva, la Paz de Westfalia ha tenido siempre dificultad en conseguir una aceptación general. Sin duda, suministró un sólido establecimiento de la ley constitucional del viejo Imperio y (siendo más bien inhibidor de mitos) proporcionó durante siglo y medio una base legal para todo el conjunto del Imperio (aunque se sabe que los letrados estaban en una disputa constante en lo concerniente a su interpretación y aplicación a cuestiones individuales)². De todas formas, en la mentalidad del Antiguo Régimen fue visto como un documento "protestante" que había inferido al catolicismo una herida de la que nunca se recobraría. Se desarrolló, entonces, una característica cultura sobre la memoria en las ciudades protestantes y en los municipios que se beneficiaron

2. Bernd Mathias Kremer, *Der Westfälische Friede in der Deutung der Aufklärung*, Tübinga, 1989.

de la Paz de Westfalia como consecuencia del reconocimiento de la igualdad religiosa. Podemos pensar no sólo en el festival anual de la paz en Augsburgo, acompañado de un excelente arte popular,³ sino también en las ciudades imperiales del sur de Alemania, desde Nuremberg a Lindau, las cuales, por lo menos en los aniversarios “redondos”, acuñaban medallas conmemorativas⁴ y señalaban la ocasión con servicios religiosos especiales. Sin embargo no sucedió lo mismo en Münster, la ciudad católica del tratado, donde hasta el 250 aniversario de 1898 la Paz de Westfalia no fue “redescubierta” a gran escala⁵.

Siguiendo el deslucido fin del viejo Imperio, emergía un nuevo factor que podría ser descrito como un cambio fundamental del paradigma con una imagen negativa en la forma de considerar la Paz de Westfalia. Fue el desprecio del viejo Imperio por no haber llevado la dirección hacia la unificación nacional, y por haberse expuesto a una vergonzosa explotación por parte de sus vecinos. Desde este punto de vista (representado, por ejemplo, por el historiador berlinés Friedrich Rühls y su historia sobre las relaciones franco-alemanas)⁶, la Paz de Westfalia jugó un papel absolutamente crucial, marcó el comienzo de un periodo desastroso de control exterior para el Imperio Alemán por parte de sus vecinos más poderosos, y representó la victoria del particularismo y del regionalismo sobre una política centralizadora. No fue hasta los años 50 y 60 del siglo XX que este punto de vista (que había recibido un gran estímulo como resultado de la ideología Nacional-Socialista)⁷ fue reemplazado por un nuevo paradigma que concedía el debido respeto al viejo Imperio como una entidad unificada por la ley y la paz y que no veía más al poderoso estado como el principio y el final de la historia de Alemania⁸. Un siglo y medio de esta visión negativa ha dejado una huella tan profunda

3. Véase Bernd Roeck, “Die Feier des Friedens” en Heinz Duchhardt, *Der Westfälische Friede. Diplomatie- politische Zäsur- Kulturelles Umfeld- Rezeptionsgeschichte*, Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 1998. pp. 632-659. El libro de Horst Jesse, *Friedensgemälde, 1650-1789*, fue publicado en 1981.

4. Existen muchos ejemplos en el volumen segundo del catálogo de la exposición de Münster de 1988.

5. Heinz Duchhardt, *Das Feiern des Friedens. Der Westfälische Friede im Kollektiven Gedächtnis der Friedensstadt Münster*, Münster, 1997.

6. Friedrich Rühls, *Historische Entwicklung des Einflusses Frankreichs und der Franzosen auf Deutschland und die Deutschen*, Berlín, 1815; véase también la cita de este trabajo en Herbert, Langer, *Der Westfälischen Frieden. Pax Europea un Neuordnung des Reiches*, Berlín, 1994, pp. 183 y s.

7. Véase, por ejemplo, Hans-Joachim Behr, “ ‘Reichsausstellung’ und ‘Forschungsstelle Westfälischer Friede’. Zwei nationalsozialistische Forschungsvorhaben in Münster”, en *Westfalen*, 61 (1983), pp. 9-23.

8. Una contribución fundamental para la nueva perspectiva la realizó Dickmann en 1959, incluso su monografía contiene muchas alusiones a tempranas tradiciones de interpretación.

que (unida a la similar imagen negativa de la Paz de Westfalia en la Alemania católica) hay pocas oportunidades para que la Paz de Westfalia pueda ni siquiera empezar a ser un genuino *lieu de mémoire* nacional.

Es importante considerar este punto en unos términos de sobriedad e indiferencia, aunque estamos de acuerdo en que existe un conocimiento general de que los muchos problemas de una asociación territorial de estados - que no se dio una forma nacional de organización hasta 1871 - no podía ayudar a desarrollar un *lieu de mémoire* nacional⁹. Las conmemoraciones de la victoria alemana en Sedán y el día del cumpleaños del Káiser fueron intentos de despertar algo parecido a una cultura de celebración que crearía, o al menos estimularía, un sentido de identidad nacional. A pesar de todo, tales intentos resultaron vanos. El error se debió principalmente a dos circunstancias: la gente común (aquellos que no eran dignatarios, en otras palabras) no se interesó lo suficiente, y por otra parte, se hizo una llamada inadecuada a mitos y símbolos históricos. Resulta significativo que tras un breve lapso de tiempo, las autoridades políticas abandonaron su intento de transformar la Proclamación Imperial del 18 de enero de 1871 en un día nacional de conmemoración; simplemente no existió demasiado interés. Desde el momento en que se convirtió en un estado nacional, Alemania padeció la falta de símbolos nacionales; de hecho, fue muy significativo que después de 1871 se formó una sociedad especial, llamada "Festivales Nacionales", para remediar esa falta. Admitimos (y es bastante comprensible) que esta asociación, fundada en círculos conservadores en 1897, ni siquiera contempló un festival nacional asociado a la Paz de Westfalia, sino que intentó levantar el Monumento de Niederwald de 1883 al status de *lieu de mémoire* nacional. El sentimiento nacional prohibía cualquier conmemoración oficial de un acto en el que los vecinos de Alemania al otro lado del Rhin hubieran estado (de forma real o supuesta) en el lado ganador.

El problema fue diferente en otros países europeos, particularmente en aquellos para los que la Paz de Westfalia supuso su certificado de nacimiento. Podemos pensar sobre todo en los Países Bajos¹⁰, a los que en la primera

9. En esta línea, véase George L. Mosse, *Die Nationalisierung der Massen. Politische Symbolik und Massenbewegungen in Deutschland von den Napoleonischen Kriegen bis zu Dritten Reich*, Frankfurt del Meno-Berlín-Viena, 1976.

10. En esta línea, he acudido a Hugo Schepper y Jan de Vet, "Das Gedenken anlässlich des Friedens von Münster 1748 und 1948. Kultur der Erinnerung und des Vergessens im Wandel der Zeiten", Duchhardt, Heinz (Hrsg/ed.), *Der Westfälische Friede. Diplomatie- politische Zäsur · kulturelles Umfeld - Rezeptionsgeschichte*, Múnich, R. Oldenbourg Verlag, 1998, pp. 827-852, artículo traducido en este número.

parte de los tratados de paz -es decir, la paz separada firmada con España el 30 de enero de 1648- se les concedió la independencia por primera vez. Es indicativo del gran valor que todavía tiene la Paz de Westfalia en los Países Bajos que hace poco el país llevó a cabo (en Nijmegen y también en Kleve) el primero de un buen número de importantes congresos sobre el tema en agosto de 1996; un comité nacional se ha ocupado de la preparación de las celebraciones conmemorativas, y se han planeado no menos de cinco exposiciones en diferentes ciudades holandesas.

Antes de realizar un examen más detenido sobre la cultura de la memoria en los Países Bajos, debe reconocerse que una apreciación general de la Paz de Westfalia ha estado siempre acompañada de cierto grado de ambigüedad. Básicamente por dos razones: en primer lugar los holandeses quedaron divididos por los acontecimientos de 1648, y su país quedó dividido en dos estados (aunque a principios del siglo XIX se hizo un intento, de corta vida, para restaurar la unidad nacional). A lo largo de los siglos (con excepción del centenario de 1748) un gran número de políticos e historiadores favorables a la “gran” Holanda, han puesto objeciones al tratado con España, que favoreció una expansión económica y comercial (casi) ilimitada.

De todas maneras, esta no ha sido la consideración de la mayoría de los holandeses, para quienes la Paz de Westfalia ha sido siempre un elemento fundamental de su conciencia colectiva. Esto es verdad incluso para la provincia que rechazó firmar el tratado en 1648. Aunque eran otros los problemas que preocupaban a los Países Bajos en el invierno de 1747 a 1748 (una guerra que implicaba directamente a la República y cuyo fin no se veía; malestar social a consecuencia de la guerra; o una terrible plaga del ganado), el centenario vio nacer un gran número de actos conmemorativos, muchos de los cuales consistían en representaciones sobre un único tema: la Paz de Münster como una prueba especial del compromiso de Dios con el pueblo escogido, el “otro Israel”. También los volúmenes de poesía, a los que contribuyeron algunos escritores famosos, y en los cuales a menudo se establecían comparaciones con el actual “año de paz” (cuando esta era ya presumible, dependiendo de la fecha de publicación), así como un número de medallas conmemorativas; aquí pensamos principalmente en ciertos periódicos que defendieron la idea de conmemorar la paz. Un ejemplo es el de *De Europise Staatssecretaris*, que llamaba a todos los habitantes de la república para celebrar los 100 años de la Paz de Westfalia. La idea era la consagración de la historia nacional: ningún país había nacido en Europa desde 1648, de

forma que la República Holandesa (utilizando una metáfora bíblica) era la última hija de Dios -Dios que ya antes de 1648 había salvado al estado milagrosamente y que había asistido activamente a su nacimiento. El tema fue repetido una y otra vez en muchos sermones conmemorativos predicados por todo el país.

Las circunstancias decidieron que en 1748 no se pudiera ver la representación del espectáculo "clásico" *De Leeuwendalers* de Joost van den Vondel, que había sido estrenado en 1648; aunque a diferencia de cien años antes, tampoco se celebraron procesiones o cualquier manifestación pública. Sin embargo, esto no altera el hecho de que en 1748 la Paz de Westfalia (como paz separada hispano-holandesa) fuese considerada como un acontecimiento de suprema importancia simbólica para la historia nacional de los Países Bajos, y siempre ha sido celebrado como tal. Esto no cambió ni siquiera en 1948. De nuevo, y no debido a circunstancias externas favorables, un comité nacional coordinó por primera vez una amplia serie de acontecimientos como conferencias, artículos periodísticos, programas de radio, y un festival nacional de conmemoración, además de una exposición muy apreciada en el Prinsenhof de Delft. Las publicaciones académicas, desde el mismo año de la conmemoración, presionaron para que la Paz de Westfalia fuera declarada como uno de los pilares fundamentales en la historia de la nación. Para los Países Bajos, que no pueden asociar su existencia e independencia a un lejano pasado, la Paz de Westfalia (junto con la Unión de Utrecht y Guillermo el Taciturno) siempre ha supuesto un peso emocional nunca desvinculado del mito.

En el caso de otro estado que en 1648 (aunque indirectamente) se encaminó hacia la soberanía, la imagen es muy diferente. En la Confederación Suiza, una especie de mito nacional ya había tomado forma bastante antes de mediados del siglo XVII, una clave tangible para la autocomprensión del pueblo, mientras no se encontrara una expresión en las celebraciones centenarias. Era el mito de la *Bundesbrief* de 1291¹¹. Opuesta a ella, la Paz de Westfalia no parece que lograra asentarse en la conciencia colectiva como documento constitutivo. El hecho de que durante siglos Johann Rudolf Wettstein, alcalde de Basilea (el brillante representante de Suiza en Münster),

11. Georg Kreis, *Der Mythos von 1291. Zur Entstehung des schweizerischen Nationalfeiertags*, Basilea, 1991.

hubiera gozado de gran popularidad en su ciudad natal y en la Suiza germana, no altera este veredicto.

Vayamos brevemente a Francia, para cuyos historiadores a partir del siglo XVIII, y en cuya historia nacional había habido acontecimientos de gran resonancia, la Paz de Westfalia no ha podido rivalizar como *lieu de mémoire* con el bautizo de Clodoveo, Juana de Arco o el 14 de julio de 1789, por señalar sólo los ejemplos más llamativos. De todas maneras, la cuestión de Alsacia (el hecho de haber arrebatado un territorio a los rivales Habsburgo y los estados vecinos, cultural, económica y estratégicamente importante, facilitando el camino para la anexión permanente e incondicional de toda la Alsacia) aseguró que la Paz de Westfalia disfrutara de una situación de una grande y duradera importancia para la opinión pública francesa, ejerciendo una poderosa influencia en su visión de la historia. Con este trasfondo, no fue casual que en 1949, y con las heridas todavía abiertas por la II Guerra Mundial, Francia encontrara la fuerza y los recursos necesarios para celebrar el tercer centenario de la Paz de Münster mediante diversas exposiciones; e igualmente sintomático fue que, una de estas exposiciones celebrada en el Palacio de Rohan de Estrasburgo, bajo el título “La Alsacia francesa, 1648-1948”, se dedicara exclusivamente al tema de Alsacia¹².

En Francia, quizás más que en ningún otro país europeo, los historiadores han contribuido muchísimo a la formación y modulación de la visión popular de la Historia. Por ello tiene sentido examinar el trabajo de -al menos- dos historiadores franceses del siglo XIX y ver qué dicen sobre la Paz de Westfalia. He seleccionado deliberadamente a historiadores que, al escribir obras generales de aquel periodo, estaban obligados a ocuparse de la Paz de Westfalia por el hecho de que el pueblo francés otorga mayor importancia a las obras generales que a los estudios específicos. Esto sucedía y sucede aún más cuando los historiadores en cuestión también están presentes en la vida pública del país. La extensa *Historia de Francia*¹³ de Henri Martin (la cual hasta su desplazamiento por Lavissee fue considerada el manual fundamental para la historia francesa) tuvo una extraordinaria difusión entre las clases medias cultas. El volumen que nos interesa (“*depuis le temps les plus reculés jusqu’en 1789*”), publicado por primera vez en 1835, había alcanza-

12. Véase Paul Pieper, “Der Westfälische Friede. Die Gedächtnis-Ausstellungen 1648-1948”, en *Westfalen*, 28 (1950), pp. 68-74.

13. Henry Martin, *Histoire de France*, XV vols., París, 1833-1836.

do significativamente su cuarta edición en 1855. Según la interpretación de Martin, la importancia de la Paz de Westfalia procede de dos aspectos fundamentales: la liberación y la organización de Alemania, y la expansión de Francia y Suecia. Respecto al primer punto, Martin se preocupó de mostrar la caída del poder imperial sobre cuyas ruinas se erigió un sistema federal. ¿Sistema duradero? Ya que según Martin, el derecho de los estados del imperio para crear alianzas parecía exceder incluso los lazos de una federación. Sin embargo, lo que hizo funcionar el sistema federal fue el hecho de que Francia actuase como su garantía, basándose en la “*tradition immémoriale de la Germanie*”. Martin dedicó todavía más páginas a los cambios territoriales (cuando afectaban a Francia) los cuales han de ser contemplados en el contexto del enfoque fundamental de aquél: las fronteras de Francia eran arbitrarias e impedían su avance natural. Por esta razón, Martin difícilmente podía estar de acuerdo con la solución dada a Lorena (“*c’est un abandon à peine déguisé*”); por otra parte, consideraba la adhesión de Alsacia a la corona francesa como recompensa natural por sus compromisos militares, y por asumir el papel de garante. Martin mantenía que ello respondía a la lógica del momento en el que Alsacia comprendía territorios los cuales sin duda pertenecían por derecho a Francia: “*La Germanie restitue l’Alsace à la vieille Gaule, qui franchit joyeusement les Vosges pour retrouver son humide frontière des anciens jours.*” A partir de la premisa fundamental de la incuestionable unidad nacional de Francia, a los contemporáneos se les debía presentar un cuadro que enfatizara no sólo la legitimidad, sino también la irreversibilidad de los hechos de 1648, además de las uniones subsiguientes.

Para los historiadores que escribieron después de 1871, el tema (cuando no se refugiaban en un simple *revanchismo*) era más complicado en parte porque, en relación con la reintegración de Alsacia, habían surgido factores históricos también en interés de Alemania. Significativamente, en su introducción al volumen sobre Austria (publicado en 1884) del *Recueil des instructions*,¹⁴ —el volumen inicial de esta vasta empresa de publicación— Albert Sorel no consideraba demasiado la cuestión de Alsacia. Para Sorel, si bien las concesiones territoriales de 1648 estaban legalmente y políticamente fuera de duda, los participantes en el tratado habían escogido formas de palabras tan

14, *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France depuis les traités de Westphalie jusqu’à la Révolution Française*, I-[XXX], París, 1884-[1983].

potencialmente mal interpretables, que como consecuencia se había producido toda una serie de conflictos con la “Casa de Austria”. Austria (según Sorel) había buscado deliberadamente aprovechar estas ambigüedades para desafiar y arrojar dudas sobre los derechos de la corona francesa. En el siguiente periodo (y sin lugar a dudas según Sorel: “quien tenga oídos que escuche”), la política francesa tendió a ser la de proteger a los pequeños estados europeos contra los codiciosos proyectos de los más grandes. Por esta razón, los “*renversement des alliances*” de 1756 se habían separado de la función europea de Francia por el fracaso en fortalecer su papel de protectora de los estados más débiles.

Sin ninguna duda, los historiadores franceses del siglo XIX otorgaron una importancia fundamental a la Paz de Westfalia -en aquello que afectaba a la historia nacional- porque estaba asociada a la adquisición de una provincia importante, y representaba el triunfo (según ellos) sobre sus vecinos del este del Rin. Puesto que Francia había conquistado más de un territorio a lo largo de su historia, la Paz de Westfalia nunca logró el status de un incuestionable *lieu de mémoire* nacional en este país.

Llegados a este punto, podemos caer en la tentación de extendernos todavía más: -en España, por ejemplo, donde la Paz de Westfalia (el estado de los Austrias había sido excluido de los dos *Instrumenta Pacis* de octubre de 1648) se ha visto como un punto bajo en la historia de la nación, apto en el mejor de los casos para constituir un *lieu de mémoire* negativo; o en Suecia, donde las sucesivas generaciones, contando el coste de sus éxitos, están inclinadas a ver la Paz de Westfalia como el punto de inflexión hacia su decadencia en la historia. Debemos abstenernos de tales especulaciones, y no es la menor razón para ello la carencia de obras históricas fundamentales adecuadas. Sin embargo, aún disponiendo de poca información sobre estas áreas de investigación, es posible adelantar la prudente proposición de que apenas ningún lugar en los países implicados acabó convirtiendo a este sobrio documento -que tenía naturaleza de compromiso para que perdurara a efectos y términos legales- en un verdadero *lieu de mémoire*. Incluso en los Países Bajos, donde el tratado fue fundamental en lo político y en lo emocional, difícilmente constituyó un punto importante para el autodescubrimiento de su status mítico nacional. Las diversas actividades políticas y académicas proyectadas para el año 2000 no alteran fundamentalmente este hecho, y no permiten que la Paz de Westfalia sea vista como un prematuro anticipo de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea o como la precursora de la Unión Europea.